

BENJAMIN PALENCIA

Una de las figuras más permanentes del arte español contemporáneo, Benjamín Palencia, está celebrando, en este seco otoño madrileño, dos exposiciones simultáneas de sus pinturas. En la sala Biosca y en la sala Theo, están todos los colores incendiados del paisaje otoñal que nadie como Palencia ha recreado, ha inventado de nuevo. Incendio, paisaje, recreación, invención. En las pocas líneas precedentes escritas sobre Benjamín Palencia vemos que ya han aparecido algunas de las claves de su pintura. Incendio producido por un frenesí vital, por un furor, por una furia sin igual, orquestado en gran sinfonía, que produce una exaltación permanente y que viene a ser el paisaje donde Palencia alienta, donde Benjamín vive desvivido. Paisaje-vida, elaborado mental y poéticamente, con elementos de invención personalísima.

Pintura la de Benjamín Palencia pasional, fuera de sí, hecha con amor y rabia, a golpes brutales y caricias tiernísimas, extremada, sensual, sexual, seductora con los gayos colores que todos los machos zoológicos exhiben para la seducción, geológica de colores animales, febril con las deformaciones y variaciones de color que la fiebre produce como droga orgánica, extrovertida, sin rincones secretos u ocultos, muy enraizada en lo local y, por lo tanto, universalista, espontánea, documental en su abstracción, borrascosa, agitada, encrespada, síntesis de muchos siglos de pintura anterior y anticipación de muchos años de pintura presente. Todo esto es algo de lo que es la pintura de Benjamín Palencia, todo esto, sí y, sobre todas las cosas, poética. Del mismo modo que el poeta extrae de sus vivencias, de sus emociones, de sus impresiones externas, el material a elaborar de sus poemas, Benjamín Palencia lo extrae de la realidad que contempla; no es, por tanto, su pintura una pintura realista, ni impresionista, ni expresionista, solamente puede participar de todas estas cualidades pero, ante todo, o después de todo, es una pintura poemática en el mismo sentido que ya lo expresaba Jacques Maritain: "El arte se esfuerza por liberarse de la naturaleza y de las formas de ésta. Transforma la naturaleza no sólo extendiendo hasta el extremo límite la ley de la deformación de las apariencias naturales, ley que la pintura siempre ha aplicado, sino también creando otro universo de formas y de relaciones de formas (que nos revelan una realidad más profunda y más afín a nuestros sueños, a nuestra angustia o a nuestra melancolía); y así se aparta del arte de la naturaleza en la creación de un mundo de colores y palabras propio de él. Sin embargo, en los grandes artistas ello no implica, en modo alguno, que menosprecien la naturaleza o se divorcien de ella, sino que más bien hurtan a la naturaleza los secretos de la poesía".

Hurtar, extraer de la naturaleza su secreto poético, último, profundísimo, al que muy pocos llegan, este es el don concedido a Benjamín Palencia. Por ello su pintura emociona, fascina, intriga, como toda obra auténtica de arte, como un poema o una música de sencillez difícil, de fragancia permanente.

Cuando se conocen casos como el de Benja-



Autorretrato. Dibujo a pluma

Amapolas. Oleo



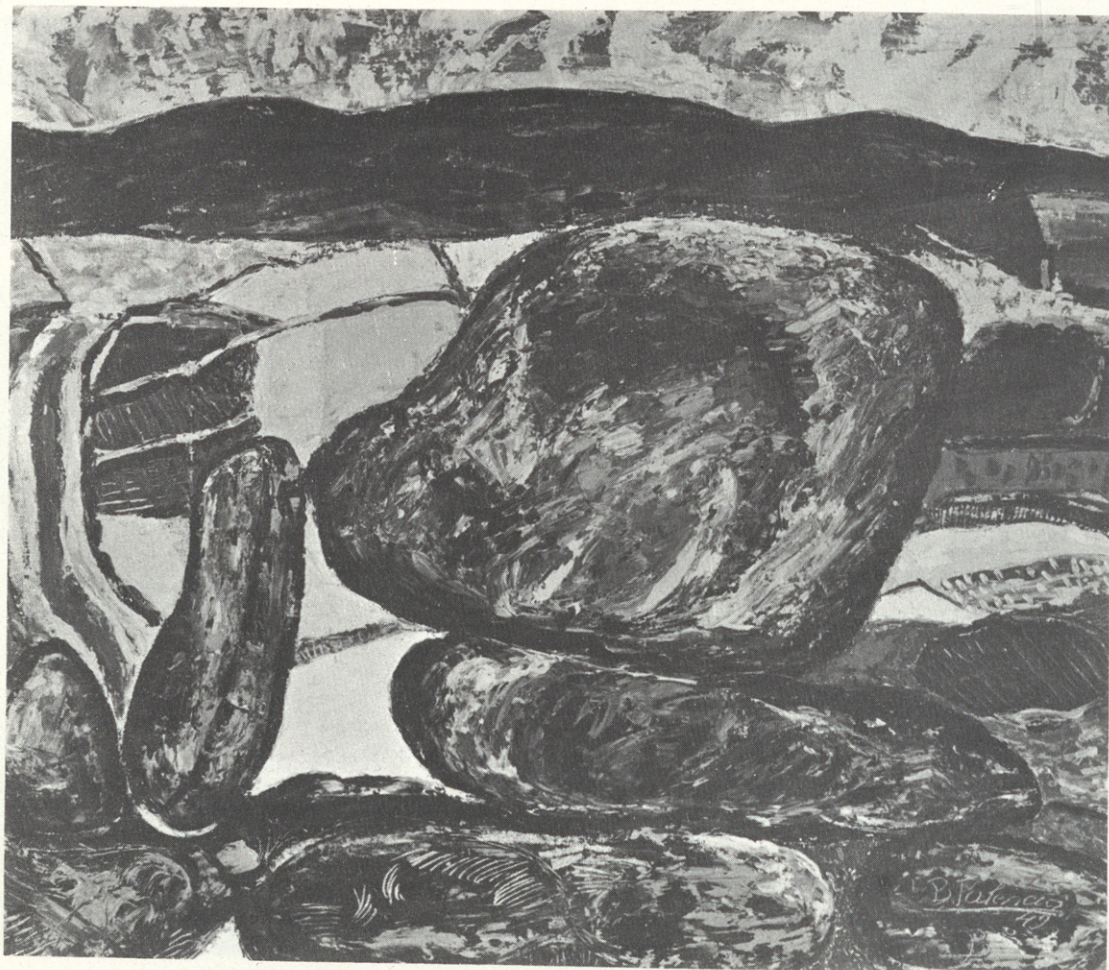


La trilla. Oleo

mín Palencia hay que creer en la predestinación de algunos seres. Nacido en una pequeña localidad de nombre Barrax, en la reseca Mancha cercana a la capital albaceteña, sin ninguna clase de instrucción especial, sin ninguna clase de antecedentes artísticos familiares, en el medio ambiente menos propicio para la inquietud intelectual, surge, como los héroes mitológicos, de la nada, una de las cimas del arte español contemporáneo. Muchos años lleva pintando Benjamín Palencia, más de 40 años siendo primera figura en la vanguardia española con una sucesión de maneras diversas, de invenciones de estilos, que tienen la rarísima virtud de agradar e interesar casi por igual al indocumentado que al entendido. Su obra ha sido, en todo momento, manantial fecundante de donde tomaron vigor personalidades artísticas tan importantes como el escultor Alberto y casi todos los componentes de la llamada "Escuela de Madrid". La obra de Benjamín Palencia tiene una fuerte carga de inquietud muy apreciada por el intelectual, lo que le ha permitido colaborar en publicaciones tan capitales del pensamiento español como "Cruz y Raya", entre otras muchas.

Palencia, el de los dibujos-escultores de los años 30, el de las manchas surrealistas, el de las concomitancias cubistas, el del empleo de nuevos materiales (arena, lija, quemados, etc.), el de las acuarelas vallecanas de fuerte carga realista-social, el de los apuntes rápidos en cuyo solo y nervioso trazo queda aprehendido el fugaz movimiento, la permanente esencia, la fragancia de la tierra y la belleza marchitable del cuerpo humano. Palencia, el escritor de penetrantes observaciones, el gustador incansable de trabajos. De todos estos Palencia se pueden formular justos elogios, pues todos ellos han contribuido a vivificar el arte español de períodos determinados. Hay artistas de juventud prometedora, de logros tempranos, que más tarde se van agotando hasta el amaneramiento total o la anulación de las facultades inventivas. Sólo algunos privilegiados (Picasso en el más alto ejemplo) son capaces de podernos ofrecer algo nuevo en todas las etapas de su vida y obra. Benjamín Palencia es de éstos y, en todo lo largo y lo hondo de su dilatadísimo laborar, hay siempre esos "chispazos", esas "sorpresas", que lo hacen valioso para siempre, eterno, para decirlo con palabra peligrosamente solemne.

Palencia tiene P de Pedro y eso parece ahora, en su repleta madurez: un apóstol-pescador, rudo y tierno a la vez, vehemente y asombrado, con blanca aureola en su cabeza redimida, que, por gracia de no se sabe qué espíritu santo, se expresa en un lenguaje que entienden todas las gentes, que convence con verdades sencillas, con mensajes de amor fraterno. P de Pedro, de Pietro, de Piedra, sobre esa piedra se ha edificado gran parte del arte de nuestro tiempo español. También ha observado algo en la misma dirección nuestra querida y admirada Carmen Castro, en un libro por ella escrito que es fundamental para adentrarse en algunos aspectos de Benjamín Palencia. Dice Carmen: "Benjamín Palencia es, si bien se mira, piedra noble. Piedra creadora porque en él hacer pintura es tan forzoso en su paso por la vida como el hacer lecho le es a la



Peñas. Oleo

piedra de río, empujada por el agua. Piedra entrañable, con gran humanidad, sensibilizada al extremo y del todo inteligente. Sabía piedra es —para bien de la pintura, para mal de la vida— Benjamín Palencia, Pintor”. (1).

Larga y conocida es la vida de Benjamín Palencia, su obra es su vida, su vida es una obra permanente. Pero hay algunos momentos en esa vida que merece sean destacados ahora, por lo que supieron en su momento histórico y por lo que dieron después. Nos referimos a su mesiánica actividad en el suburbio madrileño de Vallecas, en dos etapas sólo interrumpidas por el imponderable de la sangrienta Guerra Civil (1936-39). Junto con el escultor Alberto, varias veces nombrado, fundan, en 1931, la llamada “Escuela de Vallecas”, un movimiento de ambiciosos alcances, como el propio Benjamín Palencia nos informa:

—Con la “Escuela de Vallecas” nos propusimos la puesta en marcha de un arte nuevo, que tuviese vinculaciones con la Prehistoria, pero limpio, sin anécdotas, antiliterario, con un concepto de figuración extraído de la misma naturaleza, un arte no “catalogado”, que rompiese con lo consabido, no un “arte de arte” sino una figuración nueva y poética.

Este ambicioso propósito nació en la tertulia del Café Nacional de Madrid y tomó cuerpo entre las gredosas colinas del pueblo de Vallecas, cuyos colores asordados, su desnudez elemental, la patética humanidad que por ellas latía, eran el escenario soñado para tal fin. La enseñanza que en aquella “Escuela” se impartía tenía gloriosos antecedentes, pues era igual de “peripatética” que la de los discípulos de Aristóteles. Paseando, caminando, no había textos, sólo ideas que se lanzaban y se discutían, poemas, noticias de todo lo nuevo que se hacía por el mundo, intercambio de opiniones, creación en común. Entonces, los pintores aún no habían soñado en poder tener coche, se tomaba un tranvía en la Ronda de Atocha que conducía hasta Vallecas. Los “peripatéticos” vallecanos se llevaban la comida y allí pasaban horas fecundas. Los más asiduos concurrentes, además de los fundadores, eran: Maruja Mayo, Delia del Carril, Rafael Alberti, Ramón Gaya y Fernando Regoyos (hijo del pintor Darío de Regoyos). En una de aquellas peladas colinas en el “Cerro Artesa”, levantaron un monumento a los “Plásticos vivos”, que consistía en un prisma de dos metros de alto hecho de ladrillo revestido de cemento y en cuyas cuatro caras figuraban los nombres de todos los artistas que la “Escuela de Vallecas” admiraban. No sólo nombres, también había frases apropiadas como la de Picasso: “Yo he encontrado la piedra filosofal del color y lo he convertido en oro” (frase que también ha podido hacer suya, con el tiempo, el propio Palencia). Las otras tres caras del monolito estaban dedicadas a Van Gogh, a Stravinski y a Cézanne. El monumento perduró

(1) Carmen Castro: “Italia con B. Palencia”. Taurus Ediciones, Madrid 1959.



Paisaje. Oleo

hasta la guerra y pasada ésta, sirvió de blanco para los ejercicios de tiro de los soldados de un cuartel vecino. Ya no queda nada, bueno, tal vez los cimientos.

Porque los cimientos son más difíciles que desaparezcán. Quedan enterrados en la tierra y algunas veces vuelven a florecer de nuevo. Igual pasó con la "Escuela de Vallecas"; volvió a brotar, la segunda vez con casa propia: un antiguo convento arruinado que después había servido para taller del herrador de Vallecas. Alberto ya andaba por Rusia, llevado por la marea que desencadenó la lucha civil y Benjamín alquiló la herrería antigua para seguir su labor interrumpida. Los alumnos eran otros, más jóvenes e igual de animosos que los primeros: Carlos Lara, Alvaro Delgado, Gregorio del Olmo, Francisco San José; más tarde, Martínez Novillo, Luis García Ochoa y Antonio Guijarro. La validez de todos estos nombres en la hora presente es la mejor demostración de lo fecundas que fueron las enseñanzas de aquella "Escuela". Según me cuenta Benjamín Palencia, casi todos los componentes de la segunda "Vallecas" los conoció en plena Guerra, en el estudio del escultor Avelino, el cual estaba realizando un busto del Presidente de la República, don Manuel Azaña. Gracias al busto, los viveres, tan escasos en el Madrid de aquellos años, no faltaban en el taller del escultor. Y allí iban a comer lo que podían los artistas amigos. Naturalmente, el busto no se acabó nunca y no sólo sirvió para paliar el hambre de un grupo de jóvenes inquietos, sino tam-

bién para congregar en aquel taller a los que después formarían una de las vanguardias del arte de la postguerra.

El taller del herrador de Vallecas creo que aún existe, milagrosamente salvado de la especulación del suelo que devora los alrededores de Madrid. La "Escuela de Vallecas" se dispersó a los pocos años de su segunda salida, pero ¿no sería hermoso hacer en aquel local el Museo de la "Escuela de Vallecas"? Con que cada artista de los enumerados donara dos o tres obras sería más que suficiente. Y si se reconstruyese el monumento a los "artistas vivos", en el mismo cerro en que estuvo, que por fortuna no está invadido de construcciones masivas, la evocación sería completa. Por desgracia, no somos los españoles muy aficionados a constituir grupos de actuación colectiva y menos que ninguno los artistas. Ya que el que alentó aquella insospechada aventura vallecana, afortunadamente vive y vive bien, lo urgimos para que no desoiga esta iniciativa. Nuestro concurso ya lo tiene, incondicional.

Benjamín Palencia, maestro de tantos. Mas ¿quién formó a Benjamín Palencia? La pregunta era obligada en el transcurso de las conversaciones que hemos mantenido con el pintor en su estudio de la Calle de Sagasta. La respuesta nos la da sin vacilaciones:

—Mis maestros? Los decisivos han sido la vida, la observación de la tierra, los viajes, los museos, los libros... Lo que se dice propiamente

maestros no los he tenido, siempre fui autodidacta.

Carmen Castro, en la obra citada anteriormente, dice que Benjamín Palencia es "un haz de criaturas que conviven dentro del mismo cuerpo y salen a decirse al exterior como personajes dramáticos". Nada menos que 55 enumera Carmen y sólo una sagacidad tan afinada como la suya ha sido capaz de completar lista tan completa, a saber: Benjamín Palencia es "el auténtico, el caminante de horizontes, el caballero correctísimo, el humano bárbaro, el burgués puntual, el poeta, el niño alegre, el adolescente dolorido, el señor, el asceta, el arrebatado pasional, el manchego, el violento, el luminoso, el loco, el ritmo acordado, el fiel a los "buenos principios", el perpétuo descontento, el hambriento de pan, el solo, el disparatado, el tímido, el hipersensible, el puro, el claro de mente, el alma seria, el humilde, el consciente en demasía, el personaje imposible, el arrojado, el rastrojo chascante, el "mimo" burlador, el verdadero, el pobre mendicante, el pedrusco con lágrimas, el perro perdido, el mal genio, el duro, el inteligente, el juez justo, el consejero ponderado, el inventor de realidades, el exquisito, el ser incomprendible, el enamorado, el rebelde, el triste, el fuerte, el caprichoso, el tenaz, el hombre bueno, el artista, la fantasía andante, la piedra recia, la criatura de Dios".

En fin, todo lo que necesita un verdadero artista.

Juan RAMIREZ DE LUCAS



La portada de este número ha sido especialmente diseñada por Benjamín Palencia, a petición de nuestro crítico de Arte. Le agradecemos igualmente el habernos cedido para su publicación uno de sus autorretratos recientes, que, hasta ahora, estaba inédito.